

UN PASEO INVERNAL

El viento murmuraba a través de los postigos, o soplabla con aterciopelada suavidad contra las ventanas. De vez en cuando suspiraba como un céfiro de verano agitando las hojas en medio de la noche. El ratón de campo estaba dormido en su abrigada madriguera, el búho se había posado en un árbol hueco en las profundidades del pantano, el conejo, la ardilla y el zorro ya habían encontrado refugio. El perro guardián se había tumbado tranquilo junto a la chimenea, el ganado guardaba silencio en el establo. La tierra misma se había ido a dormir y reposaba con el primer sueño, apenas importunada por algún ruido procedente de la calle, o por el

débil chirrido de la bisagra de una puerta de madera, que alentaban a la naturaleza recordándole sus quehaceres nocturnos: esos únicos sonidos entre Venus y Marte que nos sugieren la existencia de una distante calidez interior, un ánimo y fraternidad sagrados, un lugar en el que los dioses se reúnen pero que resulta desolador para los hombres. Y mientras la tierra dormía, el aire permaneció despierto y repleto de leves copos que fueron posándose poco a poco, como lo harían en el reino de una Ceres boreal que arroja su grano plateado sobre los campos.

Por fin despertamos a la inmóvil realidad de una mañana de invierno. La nieve yace tibia como el algodón o se acumula sobre el alféizar de la ventana. El marco dilatado y los cristales helados reciben una luz tenue e íntima que realza la acogedora comodidad de la casa. La quietud de la mañana es sobrecogedora. El suelo cruje bajo nuestros pies cuando nos acercamos a la ventana para mirar hacia un claro entre los campos. Vemos los tejados bajo el peso de la nieve. De los aleros y las cercas cuelgan estalactitas de hielo, y en el jardín se alzan estalagmitas que ocultan su médula. Los árboles y los arbustos alzan al cielo sus brazos blancos, y

donde había paredes y setos vemos formas fantásticas que retozan y juegan a través de un paisaje oscuro, como si la Naturaleza hubiera esparcido los bocetos realizados durante la noche para que sirvieran de ejemplos para el arte de los hombres.

Abrimos la puerta en silencio, dejando que se derrumbe el pequeño ventisquero, y salimos a enfrentarnos con el aire afilado. Las estrellas ya han perdido parte de su brillo, y una niebla densa y plúmbea orla el horizonte. Hacia el Este, una tenue pero descarada luz proclama la llegada del día, mientras que al Oeste el paisaje se mantiene espectral y abrigado por una umbría luz tartárea, como un reino de sombras. Sólo se escuchan sonidos infernales: el canto de los gallos, el ladrido de los perros, los hachazos contra la madera, el mugido de las vacas, todos parecen venir del corral de Plutón y de más allá de la laguna Estigia, no porque inflijan melancolía alguna, sino porque su alboroto crepuscular es demasiado solemne y misterioso para la Tierra. En el jardín, las huellas recientes de un zorro o de una nutria nos recuerdan que cada hora de la noche está repleta de acontecimientos, y que la naturaleza primigenia aún sigue trabajando